

Una Biografía Anónima del General Ramón Herrera

ADVERTENCIA

Hace unos años, estando en La Paz, en la hospitalaria casa del ingeniero Andrés de Santa Cruz S., heredero del invalorable archivo de su insigne abuelo el Gran Mariscal Andrés de Santa Cruz, vino a nuestras manos un número de una vieja revista cusqueña, de muy modesta presentación, cuyo nombre nos llamó la atención, era el *Boletín del Centro Científico*, Año IX, Núm. 13, de diciembre de 1907 y editado en la Ciudad Imperial. Viendo su índice, encontramos un título que, decía: *Apuntes para la Historia*. Al revisarlo hallamos que se trataba de una biografía de uno de los más beneméritos próceres de nuestra Independencia, el general don Ramón Herrera y Rodado, personaje que no obstante sus relevantes hechos es poco conocido y, como nació cuando sus padres viajaban entre Buenos Aires y Santiago de Chile, en la Cordillera de Los Andes, el 7 de diciembre de 1799, por esta circunstancia unas veces se le da por argentino y otras como chileno, pero a quien, en realidad se debe reputar como peruano, ya que habiendo sido promovido su padre a la Audiencia de Lima en 1805, desde esa fecha, propiamente, se acercó en Lima y el resto de su vida activa se desarrolló en el Perú, donde fundó su hogar y cuyos hijos también fueron peruanos.

Toda la indicación que se hacía en el *Boletín* cusqueño era ser tomado de "Manuscrito inédito del archivo del Centro Científico", no indicándose el nombre del autor, él que es muy posible fue cusqueño.

De inmediato lo hicimos copiar, pues el *Boletín del Centro Científico* es de tal rareza que hay que designar, para efectos prácticos, a este artículo biográfico como si fuera inédito. Por eso hoy lo damos para nueva publicación, para que tan interesante biografía —escrita por alguien que fue cercano al general Herrera y evidentemente su contemporáneo— dé útiles noticias de una vida tan benemérita al Perú, pues fue uno de los más destacados fundadores de su Independencia, sirviéndolo después con distinción y desprendimiento, y que prefirió el exilio a verse mezclado en nuestras interminables y desastrosas contiendas civiles.

Como los apuntes biográficos que publicamos se interrumpen abruptamente hacia el año de 1839, aun cuando nuestro personaje alcanzó a vivir unos 43 años más, siguiendo el artículo biográfico preparado por Alberto Tauro del Pino para el *Diccionario enciclopédico del Perú* (Lima, 1966-1967), debemos agregar que aparentemente no volvió al Perú, que de Guayaquil pasó a la Argentina y después a Chile, para ir finalmente a Italia, donde murió en Florencia el año 1882 a edad muy avanzada.

Félix Denegri Luna

BIOGRAFIA DEL GENERAL RAMON HERRERA

APUNTES PARA LA HISTORIA

Don Ramón Herrera, hijo de don Francisco Manuel Herrera y de doña Francisca Rodado, naturales de España, nació en la cordillera de los Andes el 7 de diciembre de 1799, viniendo su padre de Buenos Aires, en donde había ocupado el honorífico destino de Fiscal de aquella Audiencia, para desempeñar igual plaza en la de Chile.

Promovido a los seis años a la Audiencia de Lima, pasó a aquella con su familia; después de algún tiempo el rey de España para premiar sus servicios le nombró Regente de la Audiencia de Santa Fé de Bogotá. Promovido muy luego al Supremo Consejo de las Indias, murió al embarcarse en Cartajena; su esposa y familia regresaron a Lima, donde había quedado el joven Herrera al lado de una hermana suya casada allí.

El Virrey del Perú don José de Abascal, en consideración a los servicios del padre del joven Herrera, le nombró a la edad de diez años Subteniente de Infantería, y dos años después lo ascendió a Teniente, destinándolo al Ejército de Operaciones del Alto Perú.

Llegado al cuartel general de Potosí, fue inmediatamente mandado a la vanguardia situada en Salta, al mando del Brigadier Don Pío de Tristán y su primer ensayo en la carrera tuvo lugar en la batalla que a principios de 1813 se dió en aquella ciudad, en que perdió el ejército español. Sin embargo, el Teniente Herrera mereció una honrosa recomendación del General Tristán, en virtud de la cual, fué comprendido en el corto número de oficiales, que habiendo cumplido bien con su deber, fueron premiados por el General en Jefe don José Manuel de Goyeneche; despidiendo a los demás a sus casas. Con este motivo pasó el teniente Herrera al cuadro que debía formar el batallón denominado Partidarios, que al poco tiempo, quedó organizado bajo las inmediatas órdenes del Coronel Don Felipe de la Hera.

En ese mismo año de 1813, el 19 de octubre, asistió a la célebre batalla de Vilcapujio, en que las armas reales obtuvieron el triunfo. Herido gravemente en esa jornada, el Teniente Herrera mereció por su comportamiento, ser ascendido sobre el campo de batalla a Capitán, no contando 14 años de edad. Restablecido de sus heridas y vuelto a incorporarse al ejército, concurrió a la pacificación de las provincias del Cuzco, Puno, Arequipa y Huamanga, cuya insurrección encabezaba el Brigadier Pumacahua; se encontró en las batallas de Chacaltalla y Umachiri, en la primera, al mando de una compañía que había de caballería y en la segunda, en el batallón del General, mereciendo por ambas, dos escudos de honor y ser recomendado en dos partes por su valiente comportamiento.

De regreso de esta campaña el Capitán Herrera fue nombrado Ayudante de Campo del Mayor General del Ejército Don Miguel Tacón; con tal clase, asistió a la batalla de Wiluma mandado por el Mariscal de Campo Don Joaquín de la Pezuela, mereciendo ser ascendido a Teniente Coronel Graduado y a Caballero Comendador de la Orden Americana de Isabel La Católica, para la que fue propuesto y obtuvo el real diploma.

Es aquella época en la que puede decirse, empezaban a desarrollarse las facultades intelectuales del Teniente Coronel Herrera que apenas contaba diez y seis años, fue cuando principió a conocer que la causa a que servía no era por la que un verdadero americano debía derramar su sangre y que la libertad e independencia de la patria, reclamaba de sus hijos sacrificios heroicos. Nadie extrañará que estas ideas llegasen recién a la imaginación del Teniente Coronel Herrera, si considera que destinado al servicio del Rey, desde una edad en que no se puede pensar y mucho menos conocer las consecuencias de la gran revolución americana, en la que hasta entonces, en uno y otro bando se peleaba invocando el nombre de soberano de España. Además, la absoluta falta de periódicos independientes y otras producciones políticas que aclaraban la cuestión para formarse un juicio más exacto, estaban vedados para todos los americanos que servían en el ejército real, a los que sólo se les hacía entender aquello que convenía a las miras de sus dominadores. Estas y otras causas, contribuyeron a mantener en indecisión a más de un corazón, que desde un principio hubiera adoptado generosamente la defensa de los sagrados derechos de América. Pero aún no era tarde como lo vamos a demostrar.

Llegado a España el General Don José de la Serna, nombrado por el Rey para mandar el Ejército del Alto Perú; se conoció desde luego cuál era el espíritu que animaba a los españoles respecto de América. Convencidos además de la justicia de la causa de los independientes y de la inutilidad de los diferentes esfuerzos hechos para conciliar los intereses de ambos países, una gran porción de americanos distinguidos que hasta entonces estuvieron alucinados, rompieron la venda que cubría sus ojos y corrieron a alistarse bajo la enseña nacional abrazando la causa de la Patria. Entre ellos, en el Perú, uno de los primeros fue el Teniente Coronel Herrera, el cual pidió y obtuvo su separación del Ejército del Alto Perú, pasando in-

mediatamente a la capital de Lima donde residía su familia. Retirado en su casa, pudo estudiar mejor la cuestión que dividía a españoles y americanos, y en lo íntimo de su corazón concibió el proyecto de sacrificarse por la libertad e independencia del Perú, su patria adoptiva, aprovechando la primera ocasión que se le presentase. Muy luego como se verá vino ésta a secundar sus patrióticos sentimientos.

El Virrey Don Joaquín de la Pezuela, que temía ver invadido de un día a otro su capital por un ejército independiente que se estaba organizando en la República de Chile, trataba de prepararse a resistirlo, y con este motivo llamó al servicio al Teniente Coronel Herrera, y apesar de que éste se resistió pretextando el mal estado de su salud, tuvo que obedecer a las reiteradas órdenes, que le confiaban el mando de una parte de la costa comprendida entre la desembocadura del río Rímac y el puerto de Ancón, teniendo a sus órdenes cien caballos para su servicio. No habiendo aparecido por entonces, sino la escuadra chilena al mando del Almirante Cochrane, que poco tiempo después regresó a Valparaíso, cesó la alarma y el Teniente Coronel Herrera volvió a retirarse del servicio activo.

Súpose más tarde con fijeza, que el General San Martín estaba próximo a embarcarse con el ejército libertador, y entonces dispuso el Virrey que el Teniente Coronel Herrera tomase el mando de la Compañía de Granaderos del Batallón Numancia, el mejor cuerpo del ejército español, compuesto todo de colombianos y que había pertenecido al ejército del General Murillo.

Herrera no hubiese admitido esa colocación, de no haber estado en relaciones muy íntimas con el Capitán de Cazadores del mismo batallón don Tomás Heres, con quien estaba de acuerdo para unir al ejército libertador tan luego como se presentase la ocasión, como lo verificó, encabezando ambos amigos ese patriótico movimiento. Sus resultados fueron decisivos, pues luego que un cuerpo de tanta nombradía se hubo incorporado a los libertadores, siguieron su ejemplo multitud de jefes, oficiales y soldados, hasta el extremo de no creerse los españoles seguros en la capital, la que abandonaron, entregando al ejército patriota inmensos recursos en hombres, dinero, parques fortalezas y el mejor puerto del Pacífico.

Fué tan importante y decisivo el hecho de la incorporación del Batallón Numancia al ejército libertador, que el día que llegó al cuartel general situado en Huaura, el Mayor General Don Juan Gregorio de las Heras dirigiéndose al General San Martín, en un momento de entusiasmo, le dijo: "Ahora podemos manifestar sin temor con lo que hemos emprendido esta grande obra", aludiendo a las escasas fuerzas del ejército libertador, del que había un tercio en los hospitales por los efectos del clima de la costa del Perú, mortífero para argentinos y chilenos.

El General San Martín dispuso que la única bandera que llevaba el ejército, se depositase en el Batallón Numancia, ordenando además que a su denominación agregase Fiel a la Patria. Aquella enseña de la libertad le

fué presentada por el Mayor General de las Heras, que al cumplir su comisión pronunció un discurso que llevó al extremo el entusiasmo de los nuevos defensores de la Patria.

Por la organización que se dió a Numancia Fiel a la Patria, el Teniente Coronel Herrera quedó de segundo Jefe, pero con el inmediato mando del cuerpo, habiéndose dado al Coronel Heres otra comisión. Poco tiempo después, Numancia con dos batallones más y el Regimiento de Granaderos a caballo de los Andes, compusieron la división que a las órdenes del General Arenales, hizo la importantísima campaña de la sierra y acabó de obligar al ejército español a retirarse vergonzosamente, dejando los caminos cubiertos de dispersos, armas y caballos. Ocupada la capital de Lima y proclamada la independencia, el Teniente Coronel Herrera fue nombrado Benemérito de la Orden del Sol, establecida por el General San Martín como Protector del Perú, y además obtuvo una medalla de brillantes que llevaba la siguiente leyenda: "Yo fui del Ejército Libertador" y otra con la de "Numancia Fiel a la Patria".

Antes de su retirada, el General español había dejado bien guarnecidas las fortalezas del Callao al mando del General don José de la Mar, que después vino a ser Presidente de la República. Conociendo el General San Martín lo importante que era abreviar su rendición, no habiendo podido obtenerla por negociaciones, intentó un asalto, que aunque no obtuvo el objeto deseado, impuso tanto a los enemigos que a los pocos días capitularon. En esta acción de armas peligrosísima, se encontró el Teniente Coronel Herrera al mando de las dos compañías de preferencia del Numancia, las primeras que debían obrar precedidas por un piquete de caballería al mando del valiente Comandante Raullet. El comportamiento del Teniente Coronel Herrera, que formó su tropa al pié de la estacada del castillo Real Felipe y que perdió además cincuenta hombres de doscientos que llevaba, mereció que lo ascendiese a Coronel, el General en Jefe don José de San Martín.

Habiendo solicitado los oficiales y soldados del Batallón Numancia, pertenecer al ejército colombiano, de cuya República eran la mayor parte de sus individuos, les fue acordada esa gracia y enarboló el pabellón tricolor. Entonces el Coronel Herrera no quiso continuar con el mando del Batallón, por no cambiar su escarapela peruana, por ninguna otra, apesar de que le propusieron, tanto el Libertador Bolívar como el General San Martín, brindándole este último el mando de un cuerpo de los Andes o de Chile. El Coronel Herrera dió las gracias y se prestó gustoso a ponerse a la cabeza del batallón peruano y fue el fundador del ejército nacional, como que ningún otro cuerpo estaba organizado hasta entonces.

Abierta la nueva campaña dispuso el General San Martín que todo el ejército auxiliar se dirigiese a los puertos intermedios, dejando únicamente de guarnición en Lima el Batallón que mandaba el Coronel Herrera (al que le dió la efectividad de su grado), y algunos otros cuadros para organizarse. Al poco tiempo de emprendido ese movimiento general, y cuando de él se

esperaban los más brillantes resultados, supóse la completa derrota del ejército en Torata y Moquegua.

Perdida la única fuerza veterana a excepción del batallón Cazadores, que ya hemos dicho quedó en Lima, no contaban los independientes con qué hacer frente a un ejército numeroso, y cuyas recientes victorias le entregaban el Perú a discreción. En tan apremiantes circunstancias, y en medio de la confusión y desorden que reinaba entre los reclutas de Lima y sus mismos habitantes que no veían medio de salvación, una idea feliz se apoderó del ánimo de los pocos comprometidos, que no esperaban gracia alguna de los españoles, y ella tuvo el más completo resultado. Hablamos del cambio de Gobierno, por el cual cesó en sus funciones la Junta Gubernativa que en tan críticos días era una monstruosidad, y que, además, los hombres que la componían (apesar de que cada uno era un excelente ciudadano), no inspiraban confianza por la lentitud de sus operaciones.

Elevado por el Congreso a la Presidencia de la República el distinguido americano y perseguido patriota don José de la Riva Agüero, desde ese mismo día todo cambió de aspecto, y los que viven aún y presenciaron aquellos hechos libres de las pasiones del espíritu de partido, no podrán negar la justicia a los que tomaron sobre sí la responsabilidad de salvar al Perú, luchando con toda clase de inconvenientes, y sobre todo contra el espíritu apocado de muchos, que sin grandes compromisos, esperaban volver a ocupar sus destinos en el antiguo régimen.

Aquí es preciso que nos detengamos un poco, pues es la época en la que el Coronel Herrera prestó los servicios más importantes al Perú. Principiaremos por confesar que él tuvo, si no la primera parte, al menos una muy influyente en provocar las diferentes solicitudes del ejército al Congreso, pidiéndole que reconcentrase en una sola mano las riendas del Gobierno, y que se tomasen todas las medidas convenientes a la salvación de la Patria. Estamos persuadidos que ese noble patriotismo, ese arrojo casi desesperado, salvó por entonces la total ruina de la causa de la independencia peruana; de otra manera, apoderados los españoles de todo el Perú, hubiera sido muy difícil, si no imposible, el auxilio de la República de Colombia y los oportunos servicios del Libertador Simón Bolívar.

Organizado por el Congreso el nuevo Gobierno, llamó éste al Coronel Herrera a desempeñar los Ministerios de Guerra y Marina, que sin duda eran los más importantes y de cuyo impulso iba a depender la suerte futura de los independientes. Poco antes, dijimos, y así es la verdad, que todo era confusión y desorden. No había ejército ni armas, la marina estaba impotente, se carecía absolutamente de dinero y de crédito, y los enemigos ocultos trabajaban ardientemente para desacreditar la causa y hacer valer los recientes y decisivos triunfos del ejército español. Pero felizmente había patriotismo y decisión en los hombres que se pusieron al frente y en la masa del pueblo. El Presidente Riva Agüero y su Ministro Herrera, supieron sacar partido de las circunstancias trabajando día y noche, y puede decirse, sin separarse un momento del despacho, hasta que a los tres meses, se vió como por encanto

aparecer un ejército de cinco mil peruanos a las órdenes del General Santa Cruz y tres mil colombianos a las del General Sucre.

Se aumentó la escuadra, comprando nuevos buques, se le proveyó de cuanto podía necesitar, púsose a su cabeza al distinguido y valiente Contralmirante Guisse, y salió del Callao convoyando a los cinco mil peruanos destinados a abrir una nueva campaña en el Sur. Esta noticia se tuvo por fabulosa en el ejército español, cuyo jefe no podía concebir cómo en tan corto tiempo se había obrado ese prodigio, bajo cuya impresión, cometió la falta de seguir su marcha triunfante hacia la capital, dejando enteramente descubiertas todas las provincias del Alto Perú, que era precisamente lo que deseaban el Presidente Riva Agüero y su Ministro Herrera.

Pero no sólo se redujeron a ésto los trabajos de esta activa administración, sino que para asegurar más el éxito de la campaña había contratado con el Gobierno de Chile el envío de una división de tres mil hombres para que obrase reunida al ejército del General Santa Cruz, al que se le habían puesto en los transportes víveres para seis meses, a fin de que la pudiera esperar, antes de internarse. Entre tanto quedaban en Lima los tres mil colombianos y se esperaban otros tantos con arreglo al tratado celebrado por el Presidente Riva Agüero con la República de Colombia. Este ejército, en el plan de campaña formado, tenía el objeto de emprender sus operaciones sobre el valle de Jauja, en caso que los enemigos concentrasen sus fuerzas para hacer frente al ejército del Perú y Chile reunidos, maniobrando hacia el interior, o de perseguir al enemigo en su retirada tan luego como la emprendiese, viéndose burlado en su marcha a Lima, cuyo movimiento entregaba a nuestro ejército del Sur la principal base del [Ejército Realista con] todos sus recursos [y] cortando su línea de operaciones.

Todos estos actos son bien públicos y están minuciosamente detallados en los documentos oficiales de aquella época, en la memoria del Mariscal Riva Agüero publicada en Londres en 1824 y en el diario de la campaña del ejército español escrito por el General don Andrés García, a quien no se podrá tachar de parcial [a los patriotas].

Si tan grandes y bien combinados elementos puestos en acción por el Presidente Riva Agüero y su Ministro de Guerra y Marina, no produjeron los resultados que fundamentalmente debían esperarse, no es a nosotros, simples escritores de una biografía, a quienes toca manifestar las causas. Pero sí diremos que la responsabilidad de los desgraciados acontecimientos que se siguieron, no debieron recaer sobre la administración del Presidente Riva Agüero, pues éste fue detenido en su patriótica marcha por un motín militar que tuvo su origen en la fortaleza del Callao, en donde, con escándalo de toda América, se vió a unos cuantos diputados, apoyados por el ejército colombiano, titularse Congreso y deponer al legítimo Presidente Riva Agüero, y nombrar jefe supremo al mismo General colombiano Antonio José Sucre. Abierta con ese hecho la rebelión, acabó de consumarse en Trujillo, por el Coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente, aprensando a los Ge-

nerales Riva Agüero y Herrera, y entregándolos a disposición del Libertador de Colombia.

Es del caso que advertamos aquí, para aclarar ciertos hechos que han pasado desapercibidos, que el General Herrera se opuso en Trujillo a la disolución del llamado Congreso, y que en número competente se instaló en aquella ciudad. Cuando el Presidente Riva Agüero le propuso [esto, lo creía] una medida [dura, pero también, la estimaba] como necesaria e indispensable en las circunstancias, el General Herrera le hizo observaciones tan poderosas, que alcanzó que se aplazase tal medida por violenta, y que sin embargo era provocada por la conducta antipatriótica de ese titulado Congreso, que aun cuando legítimamente lo hubiese sido, no estaba en sus facultades entregar el mando de la República a un extranjero y mucho menos al General en Jefe de un ejército auxiliar. Además deseoso el General Herrera de ocuparse activamente en la guerra, pidió se le permitiese pasar a incorporarse al ejército del Sur, al mando del General Santa Cruz. Obtenido el beneplácito del Presidente Riva Agüero, antes de embarcarse previno particularmente al Coronel La Fuente, que mandaba la única fuerza que había en Trujillo, que no se prestase ésta de ninguna manera para contribuir a la disolución del Congreso si se volviese a tratar de ella. Tan luego como el General Herrera zarpó del puerto de Huanchaco con dirección a Santa, para tomar allí víveres y continuar su viaje a los puertos intermedios, se verificó la disolución del Congreso, y el Presidente Riva Agüero le mandó un correo participándole la noticia y suplicándole que no le abandonase en tan críticas circunstancias, ordenándole además de oficio, pasase al Departamento de Huaylas para ponerse otra vez a la cabeza del ejército del Norte, del que era General en Jefe. Herrera con harto sentimiento tuvo que ceder a las instancias de su amigo y a las disposiciones de su jefe obedeciendo esa resolución.

Para continuar el hilo interrumpido de esta biografía, es necesario volver atrás, y decir que el Coronel Herrera, por los importantes servicios que prestó como Ministro de Guerra y Marina, fue propuesto para General de Brigada. Aprobado su nombramiento por la soberanía nacional, se le expidió por el Gobierno el correspondiente despacho, al mismo tiempo que a los Coroneles Gamarra, Miller y Pinto y al General de Brigada don Andrés Santa Cruz, el de General de División.

Apesar de que sería imposible no reconocer a Riva Agüero y Herrera los importantes servicios que habían hecho; pronto se los vió calumniados, salvados milagrosamente de ser asesinados (como que para ello se dió la orden), arrojados a Europa, saqueados y tratados de la manera más vil. Pero la justicia divina conservó sus vidas para que hiciesen ver su inocencia, la que fue declarada no por favor ni por indulto, como sucedió con otros muchos, sino por una larga y ruidosa causa provocada por el mismo ex-Presidente Riva Agüero ante la Corte Suprema de Justicia de Lima, la que teniendo a la vista las pruebas más irrecusables declaró la inculpabilidad

de su administración, en la que quedó de hecho comprendido el General Herrera como un subalterno de ella.

Este triunfo legal de la única administración del Perú que haya sido juzgada con arreglo a las leyes, es el verdadero monumento de la gloria del General Riva Agüero y de su Ministro Herrera. La posteridad, siempre justa, dará a cada uno el lugar que ha merecido y no dudamos que el General Herrera obtendrá el que le corresponde como buen servidor de la Patria y particularmente del Perú a cuya independencia contribuyó del modo que dejamos manifestado.

Restanos concluir con la última parte de su vida pública, que no fue menos honrosa y en la que figura el General Herrera en [los] más importantes puestos. Tan luego le fué posible, regresó de Europa, antes que el ex-Presidente Riva Agüero, y se presentó en el Callao con el objeto de provocar un juicio. Mas, desgraciadamente existían aún las antiguas calumnias que hicieron valer sus gratuitos enemigos, suponiendo que venía mandado por el General Riva Agüero, cuya influencia temía el partido dominante y contra sus esperanzas se le intimó la orden de no desembarcar y de regresar inmediatamente al extranjero sin querérselo oír.

Tan injusta como ilegal resolución es la prueba más clara de que se temía, no su presencia, que en nada podía alterar el orden establecido, sino, que descubrieron los verdaderos motivos de la revolución de Trujillo que importaba mucho ocultar a sus autores.

De vuelta a Chile, y sin contar con medios de subsistencia, después de haberse empeñado en Europa para sostenerse y regresar, éstos se habían agotado, al paso que no veía la esperanza de ser admitido y considerado en el Perú. En tan aflictivas circunstancias, recibió del Gobierno de Bolivia la invitación para tomar servicio en aquella República en su misma clase de General de Brigada. Este generoso ofrecimiento, hecho además, por uno de sus antiguos compañeros de armas, el General Santa Cruz, con cuya amistad se honró siempre, lo decidieron a aceptar y partir para Bolivia a principios del año 1830.

A su llegada fué nombrado Inspector General del Ejército y Comandante General de una división, en cuyo destino trabajó con la dedicación, el honor y la lealtad que formaran siempre la base de su carácter. En 1835, habiendo el Gobierno del Perú solicitado el auxilio de la República de Bolivia para contener la anarquía, el General Herrera por orden de su Gobierno, ocupó el Departamento de Puno con dos batallones y un regimiento de caballería que formaban la vanguardia del ejército que mandó en persona el General Santa Cruz, poco después en el Perú, en virtud del tratado de La Paz celebrado con el Presidente Orbegoso.

El General Herrera como simple subalterno, nada tenía que hacer con la política mala o buena que observase su Gobierno, no le cabía otro rol que obedecer y cumplir sus deberes de soldado, procurando sí ahorrar aquellos males que estuviesen a su alcance. Esto fue lo que hizo en todo el

tiempo y en los diferentes altos destinos que ocupó como lo vamos a demostrar.

En la batalla de Yanacocha, después del triunfo, hizo cuanto estuvo de su parte para evitar derramamiento de sangre y encontrándose, entre los primeros, en la persecución de los enemigos, salvó muchas vidas. Habiendo tomado prisionero al Coronel La Torre y recibido orden para fusilarlo, por conducto de un ayudante de campo del General en Jefe, no quiso ejecutarla por no venir por escrito y esperando [con esta dilación] poder salvarlo; pero apesar de sus observaciones, al día siguiente se dispuso la ejecución, mandada por el mismo General Santa Cruz, el que desaprobó fuertemente al General [Herrera] por no haber cumplido inmediatamente su disposición.

Nombrado después Comandante General del Ejército del Norte, ocupó el Departamento de Ayacucho. Todos aquellos pueblos son testigos de la moralidad y disciplina del ejército boliviano y del respeto a la propiedad y a las personas de los ciudadanos cualquiera que fuese su opinión.

Habiendo abandonado el General Salaverry ese Departamento a la aproximación del ejército de Bolivia, con el que tuvo un pequeño encuentro en el puente de Pampas y dirigióse a Arequipa, contramarchó éste hacia el Cuzco y el General Herrera quedó allí con las tropas de su mando cubriendo el movimiento del ejército del Sur, que a marchas forzadas fue al encuentro del caudillo Salaverry, por cuya razón no tuvo parte en la batalla de Socabaya, y mucho menos en el impolítico e ilegal juicio por el que fueron condenados a muerte el General Salaverry y otros jefes peruanos en Arequipa.

Ascendido Herrera a General de División, fue mandado a Lima con el carácter de Ministro Plenipotenciario de Bolivia cerca del Presidente Orbegoso, comisionándole al mismo tiempo para presentar un mensaje del General Santa Cruz a la Asamblea del Norte del Perú que estaba convocada para la villa de Huaura, según los tratados existentes. En aquella posición todos han podido ver en el General Herrera, un conciliador en todo lo que pudo y le permitían las instrucciones que había recibido. Nada pidió ni obtuvo para sí, sin embargo del gran prestigio que lo rodeaba, dedicando sus esfuerzos únicamente en asegurar la paz y buena armonía entre los Gobiernos del Perú y Bolivia.

Nombrado el General Santa Cruz Supremo Protector de los Estados Sud y Nor Peruanos, la primera comisión que dió al General Herrera fue la organización de la nueva provincia del Callao, la construcción de almacenes de aduana y trasladar allí ésta, cosa que muchas veces se había intentado en vano por la fuerte oposición que hacían los empleados, y que el General Herrera llevó a cabo durante su corta administración; así como el arreglo de todos los ramos de esa provincia que después ha venido a ser tan importante.

Ocupado en tan provechosa tarea para el porvenir del Perú, se le nombró Presidente del Consejo de Gobierno del Estado Sud-Peruano y Ministro de Guerra, y marchó inmediatamente a su nuevo destino, y algún tiempo después fue elevado a Presidente del mismo. Si en esta nueva y alta posi-

ción el General Herrera se manifestó o no celoso administrador y amigo sincero de aquellos pueblos, a ellos apelamos para que nos desmientan, si aseguramos que merecía la simpatía de la mayor parte de sus gobernados, y que no hubo mejora en todos los ramos que no emprendiese con infatigable celo. Ligado con una de las primeras familias del Cuzco, consideró aquella ciudad como su única patria y se empeñó en mejorarla cuanto pudo en su corta y difícil administración.

La guerra que muy luego se suscitó con la República de Chile y la inmediata invasión de un ejército, al mando del almirante Blanco, llevaron al General Herrera al ejército del Sur de la Confederación que debía hacer frente al enemigo. Colocado a la vanguardia, trató de ponerse inmediatamente en comunicación con su antiguo amigo y compañero de armas el General Blanco, que reunía el doble carácter de General en Jefe y Ministro Plenipotenciario de Chile, y cuyos nobles sentimientos le eran bien conocidos. El objeto que se proponía era buscar el medio de arribar a una sincera reconciliación con la República de Chile y el restablecimiento de las buenas relaciones que tanto interesaban al bienestar de ambos pueblos, y cuyas lamentables disenciones habían partido de un concepto equivocado. Después de haber mediado varias comunicaciones confidenciales entre ambos Generales, se acordó una entrevista que tuvo en la ciudad de Arequipa, en el cuartel general. En ella se buscaron diferentes medios de conciliación y se celebró un armisticio para poder tratar más seriamente el asunto, a cuyo efecto fue nombrado por el Almirante Blanco el Coronel Irisarri, y por el Protector de la Confederación el General Herrera. Reunidos ambos comisionados en el pueblo de Sabandía, no pudieron desgraciadamente, apesar de sus buenos deseos, llegar a un avenimiento, fue preciso separarse y romper nuevamente las hostilidades. Sin embargo, el General Herrera no perdió las esperanzas de alcanzar más tarde su filantrópico deseo de que esa contienda terminase por las vías diplomáticas, evitándose el derramamiento de sangre americana y los consiguientes males para unos pueblos, cuya primera y más imperiosa necesidad era la paz. Penetrado de esta verdad el General Herrera, deseoso más que ningún otro, de cooperar a tan noble fin, casi en los mismos momentos de trabarse la batalla entre ambos ejércitos, instó al General Santa Cruz para que hiciese el último esfuerzo ofreciendo la paz a los enemigos.

El General que estaba animado de los mismos sentimientos pacíficos y que quería sinceramente la paz se prestó gustoso a ello, y escribió al Almirante Blanco una carta particular provocando una entrevista, cuyo deseo había manifestado éste anteriormente al General Herrera. La contestación fue presentada en nuestro mismo campo por el General Blanco, dando con este paso caballeresco la prueba más clásica de la confianza que le merecíamos, lo que contribuyó mucho para que la conferencia entre ambos personajes llevase el sello de la franqueza y buena fe. Después de algunas horas de muchas explicaciones sobre las principales cuestiones, acordaron nombrar por ambas partes plenipotenciarios debidamente autorizados para redactar un tratado

de paz y amistad, al que debía seguirse otro de comercio, tan luego como aquél fuese ratificado. En consecuencia el General Blanco y el Coronel Irri-sari, en nombre de Chile, como autorizados por su Gobierno en debida forma, y los Generales Herrera y Quiroz, por la Confederación Perú-Boliviana, se reunieron en la casa de campo del General Tristán y acordaron los artículos del tratado de Paucarpata, que inmediatamente fue ratificado por el Protector y se puso en ejecución en medio del más completo júbilo de ambos ejércitos y de los pueblos luego que llegó a su noticia.

No es nuestro ánimo hacer aquí la apología de aquel documento, sobre el cual se ha hablado y escrito mucho y que la opinión pública de Chile, del Perú y Bolivia lo han ya calificado; sólo nos contraeremos a manifestar que el General Herrera al contribuir tan eficazmente para restablecer la unión de peruanos, bolivianos y chilenos, hacía un servicio tal vez el más importante de su vida pública y el que era más grato a sus particulares sentimientos.

Desgraciadamente una política que no calificaremos, vino a echar por tierra aquel cimientó sobre el que debía levantarse el monumento de la reconciliación. Desaprobados los tratados de Paucarpata por el Gobierno de Chile, éste se propuso continuar las hostilidades, e inmediatamente mandó su escuadra para hostilizar la Confederación y dispuso el aumento del ejército retirado de Arequipa por el tratado, el que regresó al mando del General Manuel Bulnes.

Vuelto el General Herrera al Cuzco, se encargó nuevamente de la Presidencia de la República Sud-Peruana, y dedicó su atención a la administración anterior, en cuya pacífica ocupación, fue sorprendido con la noticia de que otro ejército chileno más numeroso volvía a invadir la Confederación.

Como el espíritu de sedición que se había mostrado desde hacía algún tiempo en las tropas peruanas situadas en el Norte, al mando del General Orbegoso, era promovido por los emigrados peruanos que estaban en relación con los descontentos, fue hacia aquél a donde dirigieron su marcha los chilenos, y tuvieron el placer, a su arribo al Callao, de encontrar aquella parte de la Confederación separada del Gobierno Nacional y en abierta rebelión, capitaneada por el mismo Presidente del Estado Nor-Peruano, General Orbegoso. Esta fatal noticia, le llegó al Protector estando en el Cuzco, de paso a Lima, para ponerse al frente de aquel ejército. Por consiguiente, tuvo necesidad de variar sus planes, disponiendo que el General Herrera marchase inmediatamente con el carácter de General en Jefe, a hacerse cargo del ejército del Norte y salvar los tres cuerpos bolivianos y dos peruanos que heroicamente no quisieron prestarse a la traición, y que, arrojando mil inconvenientes y peligros se retiraron hacia el interior.

Llegado el General Herrera a Tarma, en donde encontró la división, se ocupó de reorganizarla, aumentarla y tomar todas las providencias conducentes a su seguridad, y al mismo tiempo, hostilizar a los enemigos con partidas de guerrillas en todas direcciones. En estas circunstancias, desembarcado en el puerto de Ancón el ejército chileno, trató de ocupar la capital

de Lima; pero el General Orbegoso por los motivos que todos saben, se opuso.

Esta conducta del mismo hombre que acababa de defeccionarse del General Santa Cruz, hizo creer al General chileno, que más bien volvería a unirse aquél. [Por eso,] el ejército llamado restaurador, resolvió batirse, como lo verificó en la Portada de Guía. Para prevenir ese triste suceso que Herrera preveía, mandó a un Jefe que ofreciera al General Orbegoso la cooperación de las fuerzas que estaban a sus órdenes, o que si esto no lo juzgaba oportuno, al menos se replegase sin comprometer una batalla que no podía menos que ser adversa, vista la desproporción de fuerzas. Pero se negó absolutamente a una y otra cosa, y puede decirse, que por odio a Santa Cruz, dió ese triunfo a los chilenos que fue el precursor de otros siguientes.

Reunido el ejército de la Confederación a las inmediaciones de la capital de Lima, se incorporó a él, el General Santa Cruz y tomó el mando en jefe, dando al General Herrera, el de toda la infantería boliviana que componía la división. Habiéndose puesto en marcha en busca del enemigo, éste se retiró precipitadamente hacia el Norte.

Si después de obtener esta ventaja, el General Santa Cruz no se hubiera separado de su primer proyecto de situarse en el Valle de Jauja, reunir mayor número de tropas que estaban ociosas en el Sur y en Bolivia y dejar a los enemigos en las pobres provincias del Norte, [donde] careciendo de los más necesarios recursos, es fuera de duda que el clima, la falta de dinero y la guerra, que aquellos pueblos se hubiesen visto en la necesidad de hacérsela para libertarse de las exacciones y tropelías que para sostenerse se hubieran visto obligados a emplear [los restauradores], habría tenido el resultado del reembarque del ejército [peruano-chileno] para regresar a Chile o una capitulación al frente del ejército confederado, fuerte al menos de diez mil hombres, precedido de la opinión pública que lo miraría como al salvador de sus propiedades y de su libertad. Pero el destino había dispuesto las cosas de otra manera. Fue la batalla de Yungay la que puso fin a la Confederación Perú-Boliviana y donde terminó la carrera militar y política del General Herrera.

Sin embargo, en obsequio a la verdad, el General Herrera fue en diferentes veces invitado para volver a tomar parte en diferentes proyectos, con el objeto de restablecer el poder caído, pero se negó resueltamente a toda participación que pudiera introducir la guerra civil en el Perú y Bolivia. Resignado a la desgraciada suerte de proscrito, antes que enrolarse entre los que ambicionaban recuperar el poder, prefirió romper con sus amigos políticos antes que faltar a sus principios. Su nombre no se ha visto figurar desde entonces sino como simple particular, buscando medios honrosos para sostener su familia.

Muy desagradable nos es tener que decir que el Gobierno del Perú ha sido muy injusto para con su buen servidor, que fue uno de los fundadores de su independencia; que tiene hijos peruanos y que su conocida probidad no le permitió jamás abusar de altos y lucrativos destinos, para

tener una fortuna como tantos otros lo hicieron. Estamos en posesión de todos los datos necesarios para probar esta verdad si alguno lo dudase. Pero todos los que hayan conocido y tratado al General Herrera habrán encontrado en él: un hombre muy desprendido que probaron mil veces sus desertores; además excelente esposo, buen padre y consecuente amigo. Deja memorias que, aunque no de un bulto deslumbrante, al menos probarán que en su vida, ya sea que se le considere como hombre público o como privado, el honor dirigió todas sus acciones.